

Dos vistas parciales del campo de juegos infantiles de Emdrup, Copenhague

«Skrammellegepladser» o Campos para juegos infantiles

C. Th. Sorensen

En mi opúsculo *Parkpolitik*, publicado en el año 1931, escribí, a propósito de campos de juego: «Tal vez deberíamos ensayar el trazado de campos de chatarra y desechos industriales, para juegos infantiles, en áreas adecuadas y bastante grandes, donde los niños pudiesen utilizar viejos carruajes, cajas de embalaje, ramas y toda esta clase de cosas. Es posible, naturalmente, que ello requiriera vigilantes para prevenir la posibilidad de que los niños se causaran daño. No obstante, tal vigilancia, con toda probabilidad, no sería indispensable».

Cuando, día tras día, se ha observado el largo tiempo que los niños se pasan en un lugar edificado, antes de que las «zonas no construídas» se transformen en parques, como propugna la autoridad, es obvio este pensamiento.

Tiempo atrás, entre 1930 y comienzos de 1940, el arquitecto Dan Fink trabajaba en unos grandes edificios para la Cooperativa Obrera de la Sociedad Constructora, en Emdrup, en Copenhague. Se trataba de tres bloques de pisos y varias viviendas unidas; gran número de alojamientos fueron reservados para familias con varios hijos. Mister Fink sugirió, en 1940, que una área bastante espaciosa que se hallaba junto al solar edificado se convirtiera en campo de chatarra para juego, y la Sociedad Constructora accedió gustosamente a ello.

El área mide cerca de 65 m. de anchura de este a oeste, y alrededor de 82 m. de longitud de sur a norte. Con la tierra que fué excavada para la construcción, se formó un terraplén alrededor de dicha zona. Tiene de 10

a 14 m. de ancho en la base, y alrededor de 2 m. de altura. En lo alto hay una fuerte cerca de alambre, y por fuera está plantado de rosas silvestres, espinos y acacias, los cuales forman una cerrada e impenetrable espesura. La única entrada está en el ángulo noroeste, a través de una pequeña casa, donde hay los lavabos y un depósito para útiles, herramientas, etc. El campo de juegos fué cuidadosamente allanado en su interior, y sembrado de hierba como una pradera, al igual que los declives internos del terraplén de cerca.

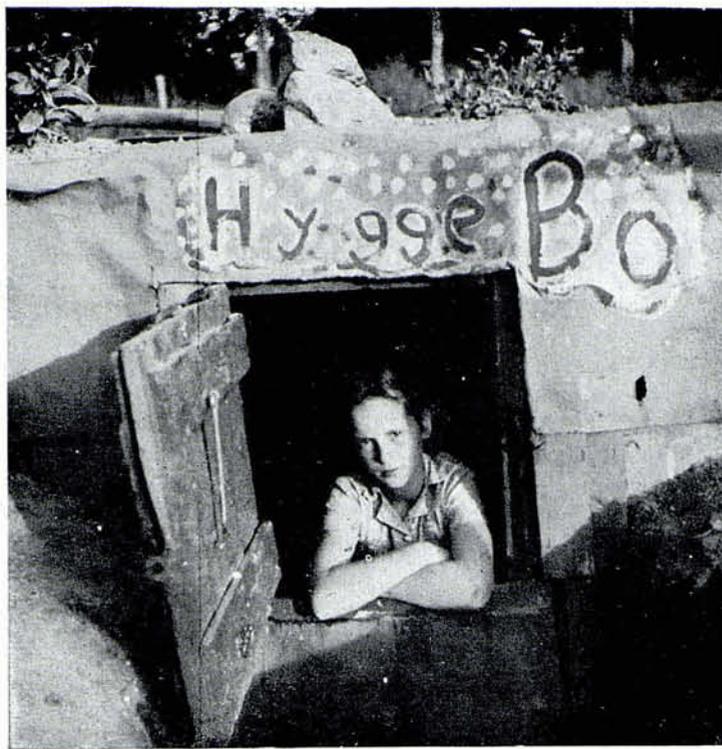
La idea era de que los niños reinasen aquí, soberanamente, por ser éste su lugar permanente, donde los mayores no tenían nada que hacer.

La Sociedad Constructora, sin embargo, pensó que aquel campo de juegos no podía dejarse a los niños sin vigilantes, y ello fué una suerte increíble, pues el pedagogo John Bertelsen fué requerido para hacerse cargo del campo. Pronto se convirtió para los niños en el querido Jonas, quien llevó la obra del campo de juegos por el buen camino, y al mismo tiempo hizo la magna obra de popularizar la idea de su creación. Si este pequeño espacio de tierra de Emdrup se ha convertido ahora en algo mundialmente famoso, ello es el resultado de la incansable y desinteresada obra de Jonas, labor que tal vez le ha costado la salud. John Bertelsen no es ya su director; la obra ha sido continuada por Mrs. Agnete Vestereg, quien se esfuerza también incansablemente en pro de esta causa.

Lo que distingue un campo de chatarra de

otro campo de juegos ordinario con columpios, trapecios, tiiovivos y demás accesorios para juegos, es simplemente esto: que ofrece a los niños posibilidades para crear y modelar. Pueden soñar e imaginar y hacer realidad sus sueños y fantasías, una realidad sea como sea, con lo cual el pensamiento del niño queda completamente satisfecho. Sólo los campos de arena tienen algo de lo que nosotros de otra manera ofrecemos a los niños — el difunto Hans Dragshjelm mereció gran renombre por su constante actuación en pro de los campos de arena —, pero sus posibilidades son bastante limitadas.

Los campos de chatarra pueden ofrecer a los niños de las ciudades algo de las ricas posibilidades que tienen los niños del campo. Debería haber en dichos campos ramaje, mesas viejas, tablas de madera, ladrillos, tejas, canalones, desechos de automóviles, embarcaciones, vagones, carretillas y todo cuanto puede ser considerado como desecho o chatarra. Los niños pueden revolverlo todo; es cuestión suya. Tan sólo la posibilidad de poder cavar la tierra a su gusto, ya les da espléndidas oportunidades. Trabajan en casas y cuevas, construyen torres, hacen túneles de ferrocarril con grandes tuberías, planean teatros, cercan pequeños jardines y hacen tantas y tantas otras cosas. ¿No es delicioso desmontar un viejo carruaje en piezas y emplearlas para las cosas más inesperadas? Así, la dínamo colocada en un enorme molino de viento que pueda producir corriente eléctrica para la pequeña comunidad.



Una de las barracas construidas por los niños en el campo de Emdrup, Copenhague

No hay la menor duda de que un campo de juego como éste es más grato para los niños de una ciudad que otras clases de campos, pero se suscita naturalmente, también, cierto número de problemas sobre esta materia.

En Emdrup los niños se portaron bien y no hubo que lamentar ninguna desgracia; tan sólo unos pocos accidentes, insignificantes, que no pueden ser evitados donde habitualmente juegan niños. Hubo, creo, menos percances que en campos ordinarios.

Durante estos años, en que todas las cosas han alcanzado valor, ha sido bastante difícil obtener chatarra, de que, por lo demás, se ha podido prescindir en espera de que su adquisición sea más asequible.

Tales campos de juego no pueden utilizarse cuando hace mal tiempo, a no ser que los niños vayan bien equipados para el caso, y es bastante difícil que los padres puedan subvenir a ello. Por tanto, sería de desear que se construyera una casa sencilla, ni vistosa ni de gran coste; a ser posible, una simple cabaña.

La ejecución del campo cuesta alrededor de 12,000 coronas, pues el transporte de tierras para el terraplén no originó ningún gasto (fué más bien una ventaja para los constructores, ya que la tierra extraída pudo emplearse en tal menester). Los gastos de funcionamiento han oscilado entre 9,000 y 12,000 coronas anuales, calculándose sobre unas 58,000 coronas para los primeros seis años. En cambio, la Sociedad Constructora ha recibido 32,000 coronas como contribución (concesión) del Gobierno, y los niños han conseguido, por su parte, 1,800 coronas. Cuando las ramas han servido ya bastante tiempo como material para construir chozas, barracas y refugios «de la edad de piedra», son cortadas y atadas en haces destinados a los hornos de los panaderos; los trabajos manuales realizados en papel por los niños, se recogen, y con ellos se organizan exposiciones.

Durante los seis años se han empleado

30,000 coronas en salarios, casi 15,000 coronas para materiales — gasto excesivo en realidad —; la limpieza ha costado 3,500 coronas; las fiestas y excursiones, 4,500 coronas, y las tasas e impuestos han podido ser reducidos a 6,000 coronas; todas estas cantidades se dan en cifras redondas.

Por lo demás, el campo es muy utilizado, pudiendo albergar hasta 200 niños en un día. Observaciones realizadas en una tarde de septiembre pueden proporcionarnos una idea aproximada de como los niños son enviados a estos lugares.

En los terrenos situados entre los tres bloques de pisos había 75 niños, 15 de ellos en la Lynbyvej, arteria mortalmente peligrosa; en los cinco campos de juego ordinarios había 32 niños, y, de éstos, 17 estaban ocupados en los campos de arena. En el campo de chatarra se encontraban al mismo tiempo 75 niños. Otras observaciones muestran una proporción similar. Creo, pues, que las cifras dan un cuadro suficientemente demostrativo de estas actividades de los niños.

Sería de desear el establecimiento de nuevos campos de esta clase; sin duda los gastos de su mantenimiento deberían aminorarse. ¿Es posible, en otras palabras, reducir la «superintendencia» en un campo de chatarra? Creo que sí. Jonas estaba probablemente siempre presente en el campo, pero intervenía tan poco como era posible, en lo que en él se hacía. Estaba dispuesto a la ayuda, mantenía cierta reglamentación, jugaba con los niños, pero estoy seguro de que dejaba en todo momento que las iniciativas partieran sólo de los pequeños habitantes. Mrs. Agnete Vestereg parece tender más a un régimen escolar, considerando que tiene a su cargo guiar los pasos del niño. Desgraciadamente sé muy poco acerca de la tarea que realiza cada día, pero mi impresión es que también por este camino son grandes los resultados conseguidos. Creo que muchos niños difíciles o desconfiados, con los cuidados de Mrs. Vestereg superan sus te-

mores y complejos. Sin embargo, estoy algo apenado por la gradual aparición en estos campos de algunas cosas permanentes; se construyen en ellos casas, pistas de arena y cemento (hay una en la parte exterior) y algo más por el estilo. Tal vez es justo que así sea; quien sólo da la idea original, se mostrará siempre exigente al enjuiciar a los que crean una profesión al amparo del desarrollo de su obra.

He visto, sin embargo, en ellos, jugar tanto a los niños, que desearía muy sinceramente que otros campos similares se establecieran. Es indudable que aquí los chicos son felices y se encuentran bien, se desenvuelven y viven. De todo cuanto he contribuido a crear, el campo de chatarra es lo más feo, pero para mí es lo más hermoso, lo mejor de mi obra. Copenhague — u otra gran ciudad — debe encargar a Jonas que fomente su obra. Mi convicción es que podría confiarse a John Bertelsen la supervisión de diez o más campos. Podría permitirse a los niños que en cada lugar eligieran un pequeño comité, que tendría la responsabilidad de que todo marchara bien, pudiendo realizarse, sin embargo, visitas imprevistas para inspeccionar, dar impulso o tomar resoluciones. Con ello se reducirían probablemente los gastos a un par de millares de coronas anuales por cada lugar, y esto presumo sería factible. En Emdrup el campo tiene alrededor de media hectárea; podría ser mayor, pero creo también que podría establecerse en áreas más pequeñas, de 2,000 m² o por el estilo.

John Bertelsen ha hecho internacionalmente famoso el campo de Emdrup. Cuando ya llevaba cinco años de existencia, Mrs. Vestereg organizó una artística exposición, en la que los niños realizaron la increíble hazaña de construir con ramaje la sala de exhibición, tal como nuestros campesinos han edificado sus casas desde la «edad del hierro». Se publicó un folleto en el cual, al lado de bellas y valiosas contribuciones dadas, había calurosos elogios recibidos de

Noruega, Inglaterra, Escocia, Francia, Norteamérica y de la India. Además, el libro de honor de visitantes contiene nombres de casi todos los países del mundo. Eso, naturalmente, es espléndido, pero ¿qué hacemos para establecer nuevos campos de chatarra? En este punto las cosas no andan demasiado bien. Hace un par de años se anunció que el municipio de Copenhague proyectaba dos campos, pero no se han realizado. En el hospital de Bispebjerg hay un pequeño campo de chatarra, un campo para el tratamiento de niños defectuosos, y de cuando en cuando se sabe de otros intentos en alguna parte; pero, a pesar de todo, nada, hoy por hoy, parece encaminado a tal fin. Los niños no pueden tomar disposiciones por ellos mismos, organizar manifestaciones demostrativas o enviar delegaciones. En Suecia se han establecido campos de chatarra en Norrköping y en Estocolmo. Desgraciadamente han caído en un gran error; en primer lugar, al hacer el campo abierto y sin protección, completamente visible desde las casas de los alrededores. Ello puede contribuir, de modo comprensible, a hacer que estos establecimientos, de aspecto tan poco bello, se hagan impopulares. En Estocolmo se conocen por su forma con el nombre de *bygglekplat* (campos de juego construídos), y el primero de ellos, situado en el Blecktorns Park, cerca de Hammarby, fué inaugurado en septiembre de 1947. John Bertelsen ha vivido algún tiempo en Suecia, pero no cree que la idea se desarrolle por el justo camino; hay, supongo, demasiada supervisión y demasiadas reglamentaciones. En Oslo han sido proyectados, pero, al parecer, el terreno no permite la excavación, con lo cual han quedado ya fuera de cuestión.

Por otra parte, parece que Inglaterra ha recogido la idea y la ha adoptado. Lady Allen de Hurtwood, jardinera paisajista que durante la guerra estuvo empleada en la obra de protección de la infancia, vió el campo de Emdrup en 1946, y escribió, en el número de 16 de noviembre del mismo año, de *Picture Post*, un vigoroso artículo de propaganda. Lady Allen sugirió que en Londres siguieran el ejemplo danés, y establecieran campos de chatarra en algunas de las zonas bombardeadas de la ciudad.

En Inglaterra existe un organismo llamado *Nationals under Fourteen Council*, en el que la idea ha prosperado, formándose un comité para la obra de los campos de chatarra, que celebró su primera reunión el 25 de octubre de 1947. Inmediatamente se cursaron llamamientos a todos los consejos locales de Londres, acerca de esta iniciativa, y se difundió un folleto ilustrado, para el que Lady Allen de Hurtwood escribió un sentido y cáldido prefacio.

Casi simultáneamente, los dos primeros campos fueron abiertos: uno en Camberwell, en el extremo este de Londres, al sur del Támesis, y otro en Morden, que linda con el confín sudoeste de la ciudad. En Camberwell el sitio estuvo anteriormente ocupado por una iglesia que las bombas redujeron a escombros, y en Morden quedan aún algunos árboles en el campo.

Pero lo que más me impresionó fué que en mayo de 1948 se celebró un curso de cinco días acerca de los campos de chatarra. Tuviron lugar siete interesantes conferencias, y la apertura de los campos de Camberwell y Morden; estos actos dieron ocasión a gran número de comentarios en la prensa. Durante dicho curso, Alderman George Burden habló de la obra de Camberwell, y Daniel

House describió el campo de Emdrup que había visitado en 1947; pero lo más interesante fué la exposición hecha por Miss Edith Cranitch. Miss Cranitch, maestra superior de una escuela elemental de Yorkshire, describió como los niños de su escuela, hace treinta años, pensaban en hacerse chozas con cajas de huevos polacos. Ella les dió mejores condiciones para su juego, poniendo a su disposición un campo de cerca de una hectárea; todos los niños de la escuela pasaban la primera hora de la mañana en este campo, donde jugaban con viejos barriles, cajas, cestos, sacos y troncos de árboles que trabajaban con herramientas apropiadas a su medida. Miss Cranitch aseguró que la labor en la escuela actual se hacía más fácil y con mayor estímulo, gracias a esta hora matinal, manifestando, además, que los niños atrasados en la clase se portaban mejor durante el juego, y viceversa, lo que en cierta manera podía representar una compensación.

Es para mí un gran placer leer los puntos de vista de los ingleses sobre esta materia, pues hasta donde me es permitido juzgar, convienen en que un campo de juego de chatarra debe ser el dominio propio de los niños. Recuerdo que una señora que tiene uno de esos campos a su cargo, me dijo que había dispuesto colgar en un árbol una vieja campana de barco, y que los niños la hacían sonar cuando tenían necesidad de llamarla. En la reseña de un corresponsal del *Times*, se decía: «... todo material que es chatarra para un adulto, para el niño es la materia de la que sueña sacar utilidad».

Finalmente, en el otoño de 1949 se estableció un campo de chatarra para juegos infantiles en Minnesota, bajo la iniciativa del periódico *Mac Call's Magazine*.



Niños del campo de Emdrup ante el teatro de títeres y construyendo un caballo con su jinete